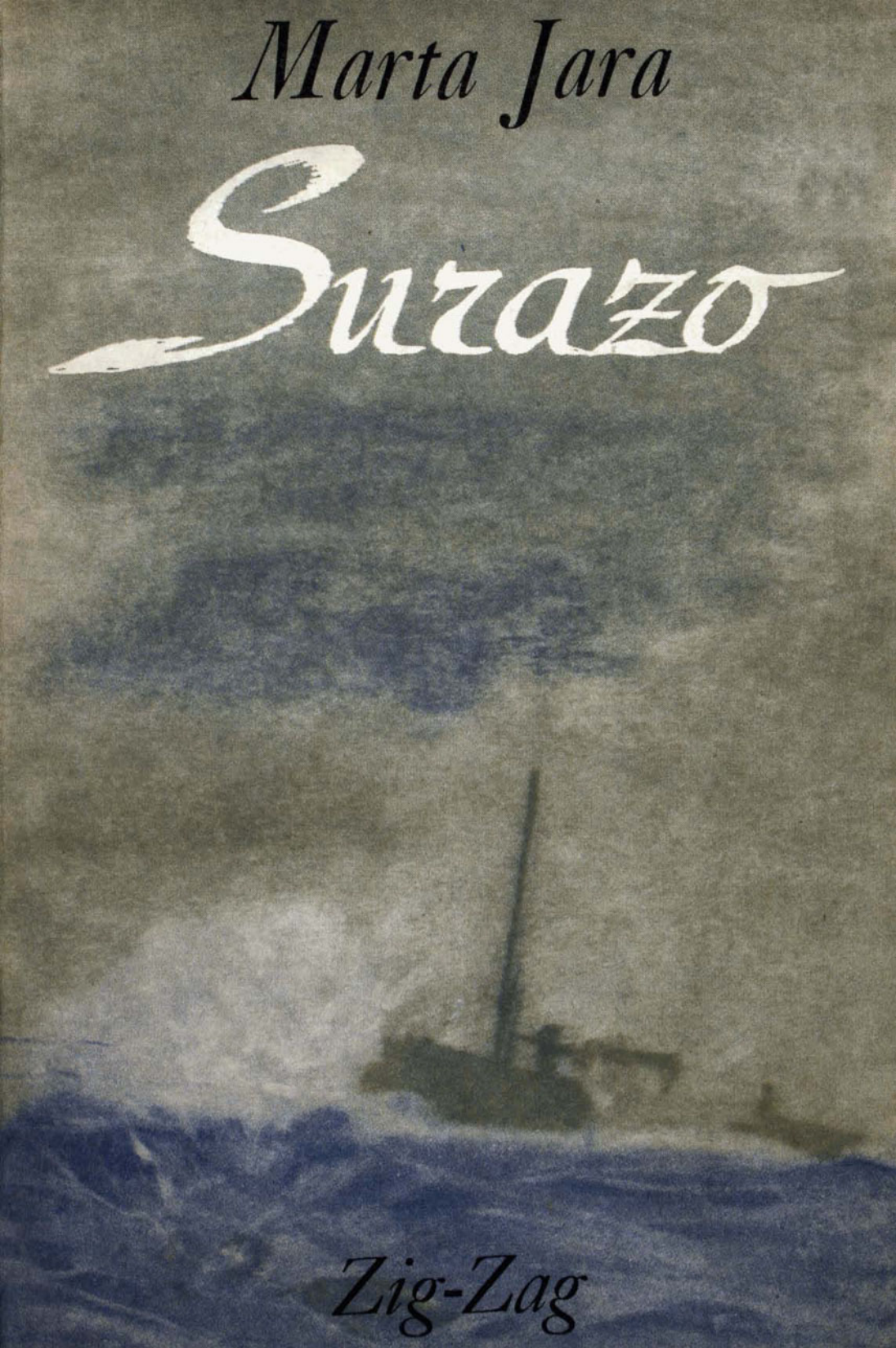


Marta Jara

Suzazo

A watercolor illustration of a sailboat on a blue sea under a grey, overcast sky. The boat is dark and positioned in the lower middle ground, with a single mast visible. The sea is a deep blue with white-capped waves in the foreground. The sky is a mix of grey and blue tones, suggesting a cloudy day. The overall style is soft and painterly.

Zig-Zag

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

NO ES eufemístico señalar que el realismo de Marta Jara apunta hacia lo trascendente del acontecer humano. En cada uno de los cuentos de Surazo se hallan desterrados los imperativos de una falsa concepción, subproducto de la angustiada hora presente, que determinan el "estilo" tan en boga entre los cultivadores del género. Con el afán de rastrear en lo social —sujeto y objeto de la mayoría de la narrativa realista actual— se ha llegado al menosprecio por los grandes y valederos temas humanos: la muerte y su misterio; la cotidiana lucha contra los elementos naturales para buscar el sustento y la verídica secuela de significación social inherente al hecho en sí; la vitalidad apremiante del instinto de reproducción

que el hombre ha dignificado en su connotación de amor; la simple y nítida ternura de los seres sencillos; la huella del tiempo y la memoria, único esqueleto seguro de la senectud; el nudo teso que ata al hijo a su madre.

Bastaría apenas una faceta de cualquiera de estos temas para que los que practican el realismo llenasen innúmeras carillas sin tener que recurrir a problemas que son más objeto de las ciencias sociales o la economía que argumentos literarios. Marta Jara restituye la dignidad a un género que por exceso de amor algunos han llevado a la agonia, en nuestra literatura continental.

Es patético constatar con frecuencia que un arte que llamaremos "militante" ha logrado sentar sus reales en el medio artístico hispanoamericano utilizando máscaras y ropajes funambulescos del folklore. Con ello se comete un doble error: se falsea pragmáticamente lo más valioso que poseemos como pueblos que recién comienzan a incorporarse al devenir cultural del mundo de hoy y, lo que es peor, se utiliza el arte como un prisma

que lleva hasta la clase trabajadora la descomposición en términos ramplones, de una realidad que ella más que nadie conoce y sufre instante a instante.

Cuando el artista somete su creación al servicio de una causa contingente, se inicia para él y su obra un proceso que la historia, sin excepciones, desdeña en sus efectos y condena en sus resultados. Que Cervantes haya querido terminar con las novelas de caballería y las interminables genealogías de "esa caterva" de protagonistas, no infunde mayor vuelo ni otorga la eternidad al Caballero de la Triste Figura. Que Dante condenase al infierno a sus enemigos y enviase al cielo a sus preferidos, no hace la grandeza de su Comedia. Es el hombre con sus ideales arrojado a la hostilidad del mundo lo que vivifica a Don Quijote; es la muerte de la amadísima Beatrice la que da carácter al Infierno, al Purgatorio y al Cielo de Dante.

No entendemos cómo la reciente experiencia que vivieron algunos grandes artistas contemporáneos, después del proceso gestado con la muerte

de un dirigente político de una de las dos naciones que comparten dramáticamente la responsabilidad de supervivencia humana, no ha hecho mella en nuestro medio cultural. A nuestro juicio, ello significa falta de fe en la condición del hombre por superar su miseria y desconcierto, de acuerdo a los dictados de su propia "conciencia moral autónoma", de la que habla Platón. La forma de otorgar las máximas posibilidades al individuo para que se enfrente a sí mismo sólo es lícita cuando éstas tienden a incorporarlo a la vasta cultura de hoy. La literatura, pues, con mayores derechos, obligaciones y oportunidades que cualquier otra disciplina artística, debe ser de una autenticidad y nivel cada vez más altos. Se trata de avanzar y jalar en el empuje ascendente a los que la injusticia social ha condenado a la ignorancia. No podemos, a pretexto del hipertrófico índice de analfabetismo que poseemos los "pueblos subdesarrollados económicamente", degradar nuestros propios valores culturales. Cualquiera que sea el régimen político que en el futuro rija nuestra convivencia conti-

mental —con cuánta mayor razón deberían practicar nuestra tesis los que esperan y creen que Hispanoamérica será a corto plazo un sistema de naciones regidas por la filosofía de Marx—, tendrá que resolver antes que todo el problema educacional. No hay más remedio. El mundo de hoy no duda de que la ignorancia ancestral de algunos pueblos —que son mayoría— motiva por sobre otras consideraciones el hambre, la miseria, las bajas condiciones sanitarias y por ende la angustia de nuestro planeta.

Estas consideraciones, desusadas en los prólogos, no pueden soslayarse cuando el talento y la veracidad de un autor las sugieren imperativamente. Creemos que ellas son tanto más importantes como introducción a una obra del valor y la importancia de Surazo, que las mortecinas palabras que la tradición impone en estos casos. Nos asiste incluso la incertidumbre acerca de la no concordancia que pudiera existir entre la visión de la obra y la del propio creador. No obstante, no vacilaremos en exponer nuestro planteo basándo-

nos en que ha sido realizado con el máximo de la objetividad que es posible lograr al verter un juicio estético.

Marta Jara expresa en cada página de este libro una realidad que abstrae con inimitable veracidad. No caben dudas de que ella conoce muy bien la atmósfera que describe y que logra comunicar en términos universales y válidos para todas las latitudes. Su prosa es síntesis, y consecuentemente es en gran medida comienzo de un estilo que muy poco se conoce y practica en el mundo de habla española, como en los cuentos de Juan Rulfo, Carlos Fuentes y Fernando Alegría. Podríamos decir —reconociendo previamente enormes diferencias— que la nueva novela chilena encuentra su paralelo progresivo (es sabido que las líneas paralelas no se tocan jamás, pero corren juntas) en la prosa de Surazo. Señalamos esto movidos más que nada por la responsabilidad que ello implica.

Es hora de que la prosa chilena se universalice en términos semejantes e igualitarios a nuestra

poesía, fruto de Huidobro, la Mistral, Neruda, Parra y otros. No hay razones para condenar a una especie de mezquina insularidad a nuestra narrativa. Surazo es un ejemplo preciso de lo que pretende hacer la joven generación: proyectar los auténticos valores de nuestra tierra al ámbito universal. Es una tentativa cuyos felices frutos tenemos ante la vista. No caben dudas de que se trata de una tarea difícil de llevar a cabo. Los prejuicios que infortunadamente poseen hondo arraigo entre algunos hombres de letras de nuestro medio dificultan en gran medida estos propósitos. Ha llegado, no obstante, el momento de iniciar un largo viaje por los auténticos cauces del arte actual. No podemos diferir el instante que nos lo demanda esa "generación histórica" de que habla Ortega y Gasset y a la que pertenecemos. No es tiempo para repetir lo que ya está hecho ni menos para lamentar lo que no se hizo. Lo primero es una falta que debería ruborizar sin excepciones a los autores chilenos actuales; lo último no pasa de ser una

actitud decadente y desvitalizada que no nos resignamos a aceptar.

¡Qué difícil resulta un prólogo cuando la obra a la que está destinado ya ha logrado el reconocimiento público! Surazo fue elegido por la crítica como el mejor libro publicado en Chile durante el año 1962. Abondar y abundar las razones y los estudios que de él se han hecho, nos parece una majadería pretenciosa. Sólo nos atrevemos a señalar un aspecto que ha sido poco mencionado: la unidad que poseen los distintos relatos del volumen.

"El hombrecito", "El yugo", "Surazo" y "El vestido" poseen un nexo sutil que implica una atmósfera que toca los lindes de la novela. Son cuentos con un valor individual que no admite discusión. Sin embargo, leídos en el volumen y en el orden en que están, no se puede dejar de evocar todo un mundo que es propio de la novelística. Este es otro mérito de Surazo. Marta Jara, con una nitidez y un rigor notables, nos transporta hacia experiencias vernaculares. El paisaje está expresa-

do en un vuelco que no es el manido recurso de plástica descriptiva, de paisajismo impresionista o de vieja acuarela de principiante, tan usados por viejos "criollistas". Más bien involucra un concepto musical, una tesis de sonido. Y éste constituye un valor que es preciso anotar preferencialmente. Las palabras están —como sonidas que son— mucho más cerca de la música que de la pintura. Son las imágenes que sugieren esos sonidos las que deben tener una dimensión visual. En Surazo se logra plenamente esa dualidad.

Así como Gabriela Mistral y su poesía son símbolo de la enorme capacidad de la mujer chilena para participar en el concierto cultural de nuestra época, Marta Jara es hoy día ejemplo vivo de las virtudes literarias femeninas de nuestro medio. Surazo la ubica en la vanguardia de nuestra prosa.

JUAN-AGUSTÍN PALAZUELOS.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA